

“¿SUCEDERA OTRA VEZ?”

Explicación del autor

Si se creyera necesario buscar alguna excusa para este libro, sería suficiente señalar la posibilidad de que estalle otra guerra. Nadie va a discutir que, aunque se nos concedió la victoria completa, no ha sido alcanzada la meta prometida: la paz permanente. Si, en verdad, hemos de guiarnos por las demandas de más armamentos hechas por el Ejecutivo, el peligro inminente de una guerra futura se vuelve de tres a cinco veces mayor que antes de que tomáramos las armas para rechazar dicho peligro. Estas demandas fueron reducidas, pero nuestro armamento en tiempos de paz sigue siendo mucho mayor que antes. Nosotros, los que hace poco asegurábamos con gran confianza que nuestra guerra terminaría con las guerras, somos los mismos que, tan pronto se terminó nos cercioramos de estar listos para la siguiente.

Pero si no se alcanzó la meta, nuestra guerra no pudo haber sido en todo concepto el hecho glorioso que se nos dice que fue. Tampoco va a discutir nadie que no estén por llegar muchos de los otros beneficios prometidos. Casi todos nosotros estamos dispuestos a creer o permitir que nuestros vecinos crean, que viene a ser lo mismo que las *razones* que justificaban nuestra guerra eran fuertes. Pero si estas *razones* eran fuertes, ¿cómo es que los resultados son tan frustantes?

No se puede descartar el asunto culpando a Wilson, o al partido Republicano. o a Lloyd George y Clemenceau. ¿Es que no luchamos en base a la teoría de la perfecta sabiduría y pureza de Wilson y de los estadistas de la Entente y de paso la nuestra, lo que incluye al partido Republicano?

Si hemos sido traicionados, no es suficiente sólo darnos por enterados del hecho; hay que determinar cómo y por qué, para poder prevenirnos en el futuro contra traiciones. Ni tampoco es suficiente buscar el secreto en lo que sucedió en París. El gran arreglo que, en general, aún es válido era el resultado lógico y casi seguro de lo que había ocurrido antes.

Aunque será agradable para todo aquel que luchó o se sacrificó en la última guerra siempre creer lo mejor de ella, nadie que se sacrificó realmente deseará otra experiencia igual; ni tampoco deseará nadie seguir pensando bien de los sucesos recientes si el pensar así aumentara el peligro de una repetición.

Recuérdese que por más de cuatro años a uno de los bandos se le permitió hablar mientras que el otro se le obligó a permanecer callado. —La

perspectiva que sólo puede dar el tiempo –dicen algunos– es necesaria antes que la verdadera historia de nuestra guerra pueda escribirse, y antes de que pueda hacerse una crítica objetiva.– Pero al final de la lucha vio una complicada y vasta maquinaria trabajando febrilmente para cristalizar dentro de la *historia* el relato de la guerra tal y como se nos contó a nosotros, como propaganda en el calor de la misma. Si esperamos una generación para encararnos a toda la verdad, probablemente nunca lo logremos.

Si cualquiera de las *razones* que justifican nuestra reciente guerra es válida, no es improbable que una o varias de ellas sean otra vez aplicables, y que otra guerra se volverá deseable y necesaria. Si, por otro lado, ninguna de estas *razones* resiste un escrutinio cuidadoso, cualquier otra probable guerra futura será inexcusable, puesto que todas las probables *causas y objetivos* fueron urgidos para la anterior.

¿Cómo ocurrió que Norteamérica, en 1917, se encontró envuelta en la participación de un conflicto que sólo evocó horror en 1914 –un conflicto en el que ni uno entre mil soñó que nos incluiría jamás– en el que ni uno entre un millón poseía la temeridad para advocar nuestra participación? ¿Cómo ocurrió que Norteamérica se zambulló de cabeza en políticas que ningún hombre público se hubiera atrevido a favorecer abiertamente en 1914?

En este libro se exponen los hechos esenciales que intentan probar lo que mucha gente ya cree, aunque la evidencia sea incompleta, de que la nuestra fue una guerra de negocios. Si alguno de los motivos no-financieros mencionados en justificación de nuestra guerra es sólido, la teoría de una guerra de negocios no puede sostenerse. Así es que las primeras partes de este libro están dedicadas al examen de estos supuestos motivos.

Los negocios, naturalmente, era lo que estaba más alejado de la mente de las masas del pueblo norteamericano. Pero la relación entre las masas, el gobierno y los negocios se vuelve clara. Aunque lucharon y sirvieron millones, estos no decidieron absolutamente nada más que la victoria física. Un hombre escogió la guerra para Norteamérica, dictó las políticas de la guerra, se atribuyó el poder único para arreglar las condiciones de paz. Los motivos de los hombres que lucharon en Europa y de los que prestaron sus servicios en su propio país, no determinaron cuáles debían ser los verdaderos motivos de la guerra. Los verdaderos motivos de la guerra fueron los que Woodrow Wilson escogió personalmente, ya fuera en público o en secreto, y sólo estos.

No se debe imaginar por esto que Wilson deba recibir el peso de toda la culpa de los delitos de nuestra guerra y de nuestra paz. Aunque la responsabilidad recae sobre Wilson con tanta fuerza como puede recaer

sobre cualquier individuo, la culpabilidad de Wilson explica sólo una tercera parte del enigma. En cuanto a nosotros, los motivos que profesamos son los mismos que profesó Wilson. ¿Se ha olvidado ya que el resto de nosotros también juró lealtad a los mismos principios por los que Wilson decía ser guiado al iniciar y proseguir la guerra *para salvar al mundo para la democracia*; que la propaganda de los *patriotas leales* en todos lados, hasta entre sus más enconados oponentes políticos, era poco más que un eco de las palabras del Presidente; de que *japoyemos al Presidente!* era el grito de guerra mientras se sopesaba el asunto, y la fe en el Presidente, la ácida prueba del patriotismo cuando ya estábamos en guerra; de que fue por los motivos que dio para entrar en guerra *por lo que glorificamos a Wilson más que a ningún otro hombre en la historia?*

El asunto del fraude presidencial está determinado por la discrepancia entre los motivos declarados y los servidos. El asunto del fraude nacional está determinado por la discrepancia entre los motivos declarados y los motivos al servicio de los cuales estuvimos complacientes de acuerdo. Porque aun retenemos los frutos que Wilson cosechó para nosotros. Aunque el partido Republicano alteró, en detalles externos, el tratado de paz, no cambió la naturaleza general del arreglo, ni intentó ni deseó hacerlo. Aunque la fraseología varíe a veces, nuestra política externa sigue siendo, en principio, la misma. Aunque el Congreso Republicano hizo gestiones con la intención de desacreditar a Wilson, de todas formas aprobó en gran medida sus deseos de *reconstruir* la legislación. No obstante el juicio de una elección nacional, el trabajo de Wilson, en general, ha sido aceptado por los *líderes del pueblo* y es tolerado por la nación.

Aunque es importante presentar a una luz real la figura peor comprendida de la historia norteamericana, el tema es mucho más amplio. En lugar de poner los cimientos para la paz futura, nuestra guerra ha sembrado el camino para más y más guerras. Hay que limpiar el camino o no hay esperanzas.

Sólo hasta que hayan sido explotadas las imposturas de la pasada guerra, revelados sus verdaderos motivos, y sus métodos y resultados brillen claramente a la luz de estos motivos, se podrá iniciar un camino que nos libre de horrores futuros.

En lugar de ser un asunto muerto, nuestra pasada guerra es por lo tanto el asunto más vivo del momento, y seguirá siéndolo mientras una guerra futura entre en los cálculos. Sus lecciones contienen no sólo el secreto para evitar una guerra futura, sino la solución de otros asuntos de orden público, de naturaleza urgente.

¿VOLVERÁ A SUCEDER?

ESCRITO POR JOHN KENNETH TURNER.

= = =

TRADUCCION .

SECRETARIA DE GOBERNACION.
MEXICO, D.F.

de que la América política desempeñara a satisfacción la parte que le correspondía desempeñar. Al anunciarse la integración de la Corporación Internacional Americana, el presidente Vanderlip presentó la moción ante sus colegas de una serie de proposiciones acerca de la necesidad de "despertar el interés y asegurar la cooperación de toda la nación". "Era necesario," explicaba Mr. Vanderlip, "hacer de manera que esto (las transacciones mercantiles internacionales) se convierta en una empresa de carácter nacional, y apelar a la confianza, al espíritu de empresa y patriotismo del pueblo Americano". El Director en Jefe de la Corporación del Acero de los Estados Unidos, Mr. Farrell secundó la moción de su socio. "Debe enseñársele al público", decía éste, "que el comercio extranjero es una cosa de vital importancia en la prosperidad doméstica". La guerra europea, que atrajo un número inconcebible de sufrimientos sobre muchos millones de seres humanos, se presentaba a los ojos de Wall Street con el aspecto de una oportunidad financiera, infinitamente más ventajosa y colocada más allá de sus esperanzas más desenfrenadas y de sus sueños más delirantes, forjados en todos los días de su pasado. Decía Mr. Vanderlip a un auditorio de banqueros de la Ciudad de Chicago en 16 de diciembre de 1916:-

Nunca, desde que empezó a contarse el tiempo se presentó a nuestros ojos oportunidad semejante. Jamás tuvo pueblo alguno ante sus miradas la elección de dos caminos que condujeran a dos destinos tan diferentes. Jamás nación alguna de la tierra hubo arrojado a nuestros deseos tal cúmulo de dones . . . de oportunidad: una marea ascendente, una inundación de riquezas, un diluvio de oportunidades, que, sumados a nuestros grandes recur-

Turner.

recursos, coloca sobre el pueblo de esta nación una responsabilidad mundial de guardianes de los intereses de todos De improviso, a causa de una tragedia universal nos convertimos en los herederos de una de las más grandes haciendas, de los más grandes bienes de 'oportunidad' que jamás llegó a imaginar la mente más acalorada. Los últimos veinte años han contemplado un desarrollo quintuplicado de explotación mercantil. Vacilaría yo al predecir lo que verán los próximos veinte años, si es que vamos a manejar atinadamente nuestra valiosa herencia.

"Nuestro futuro durante muchos años", decía Vanderlip en el mismo discurso que acabamos de citar, "será regido por la rectitud de la mente pública y de los actos gubernamentales en los próximos veinte meses." Este género de propaganda hacía furor en todos los meses de 1916, y llegó a su más alta repercusión en las últimas semanas que América declaró la guerra. A seguida de la Conferencia Económica de París en junio de 1916, las columnas de la prensa se hallaban repletas de pronósticos enderezados a que nuestros altos destinos color de rosa no fueran a realizarse. La "guerra después de la guerra" fué presentada como el peligro apenas menos siniestro aún que no la invasión del peligor alemán parapetado ante nuestros ojos un año más tarde. ¡Oh, dolor! ¿Qué era lo que íbamos a hacer? Wall Street nos decía lo ^{que} ~~que~~ ^{era} necesario hacerse, no de una manera demasiado impetuosa al comienzo, pero palpando las sombras del camino. Hasta la propia Liga de Seguridad Nacional no nos dijo desde luego que la solución era declarar la guerra a Alemania. En las discusiones de los banque-

banque-
ros suscitadas en la sobremesa de los banquetes, en esas discusiones que versaban sobre el asunto de la guerra que habría de estallar 'después de la guerra', se mezclaban de manera inextricable las opiniones decisivas de los financieros, de los industriales, de los comerciantes dándose a conocer diariamente en toda la nación por medio de la prensa; oyéndose sus exhortaciones en que excitaban al país a que se preparara a aprovecharse de nuestras grandes oportunidades que iban apareciendo en el horizonte europeo; se lanzaba a los cuatro vientos la instigación a un entrenamiento militar obligatorio; se formulaban las demandas en favor de medidas aún más severas tocante a México; se dejaba ver una exaltación quijotesca y retórica acerca de los destinos de los Americanos; y se pronunciaban votos y alabanzas por la doctrina Monroe aplaudiéndose todo el conjunto de las exclamaciones al unísono! Finalmente, la alianza militar con la Entente llegó a ser mencionada en el mismo sentido que la alianza de los banqueros. Se pusieron en juego pruebas cuyo objeto era rectificar que nuestros presuntos aliados intentaban emprender una guerra comercial contra nosotros, 'después de la guerra' de forma más o menos manifiesta, como argumentos que se esgrimían para inducirnos a su alianza y empujarnos por el camino de sus propios destinos. Después que la guerra se hubo declarado de una manera segura y formal, el propósito que se trataba de obtener, valiéndose de las circunstancias creadas por aquélla, se reconocían con frecuencia las ventajas imperialísticas de Wall Street. Encontramos a W. S. Kies, vicepresidente del Banco Nacional de la Ciudad (National City Bank) y uno de los propagandistas ejecutores de Vanderlip, asegurando a sus amigos

5
T R A D U C C I O N
Del Original en Inglés:
"SHALL IT BE AGAIN?"
By John Kenneth Turner.
Compañía Editorial de
B.W.Huebsch, New York.
1 9 2 2 .

SECRETARIA DE GOBERNACION.
Mesa de Traducciones.
México, D.F. Junio 2 de 1922.
Núm. 2384.
Para el señor General
Secretario.

41
" ¿ V O L V E R Á A S U C E D E R ? "

Por John Kenneth Turner.

30 24
A LA JUVENTUD QUE HABRÁ DE ALISTARSE BAJO EL PRÓXIMO
R E C L U T A M I E N T O : -

"Recibo muchísimas cartas, ciudadanos, subscriptas por hombres influyentes y prominentes de esta nación; pero recibo muchísimas otras cartas. Recibo cartas de hombres desconocidos, de mujeres humildes, de gentes cuyos nombres jamás han sido escuchados ni conocidos, de los que no quedará jamás memoria alguna, y no hay sino una sola demanda en todas estas cartas: 'Sr. Presidente, no permitáis que alguien os inculque la persuasión de que el pueblo de este país quiere la guerra con alguna nación.' " - WOODROW WILSON.- En su alocución dirigida al "Club de la Prensa de Nueva York" el día 30 de junio de 1916.

Por supuesto que lejanísimo se hallaba de la mente de las masas del pueblo Americano, el concepto de mercantilismo. Pero se hace bien clara la relación mantenida entre las masas del pueblo, el gobierno y la idea mercantilista. Aunque millones de gentes y de dinero prestaron sus servicios y combatieron, los millones no decidieron absolutamente nada sino es la victoria material. Un hombre escogió como su lote la guerra para América, dictó la política beligerante, se arrogó a sí mismo el poder absoluto para arreglar las condiciones de la paz. Los motivos de los hombres que pelearon en Europa, y de las buenas gentes que sirvieron a su patria en el hogar, no determinaron cuáles debían ser los verdaderos motivos de su guerra. Los verdaderos motivos de 'su' guerra, fueron los motivos que Woodrow Wilson personalmente se decidió a servir, ya sea en público o en secreto, y solamente éstos.

No es preciso imaginar de esto que Wilson ha de recibir todos los cargos de culpabilidad a causa de las delincuencias de nuestra guerra y de nuestra paz. Aunque la responsabilidad pesa gravemente sobre Wilson, tanto como puede pesar sobre cualquier individuo, la culpabilidad de Wilson pone en claro únicamente una tercera parte del enigma. Tocante a nosotros, los motivos que podríamos aducir son los mismos motivos aducidos por Wilson. Se ha relegado ya al olvido que el resto de nosotros también prestó juramento de alianza a los principios por medio de los cuales Wilson proclamaba ser guiado en el acto de entrar y al proseguir las fases de la guerra: "hacer del

mundo un lugar seguro para la democracia"; que la propaganda de los "leales patriotas" de todas partes, aún entre sus más acerbos contrincantes políticos, no era sino es un poco más que un eco de las palabras del Presidente; que iPermaneced firmes a espaldas del Presidente! era el grito de guerra mientras que el nuevo acontecimiento se hallaba en equilibrio, y la confianza en el Presidente era la prueba más dura después que hubímonos comprometido; que no fue sino 'a causa de' sus manifiestos motivos bélicos por lo que glorificamos a Wilson más que no a otro hombre en los anales de la historia?

La cuestión del engaño Presidencial queda determinada por la discrepancia entre los motivos profesados y los motivos servidos. La cuestión del engaño nacional queda determinada por la discrepancia entre los motivos profesados y los motivos para cuyo servicio nos prestamos de manera complaciente. Aún cuando el partido Republicano alteró, en los detalles exteriores, las formas escritas de la paz, no varió la naturaleza general del arreglo, ni tampoco intentó o pretendió hacerlo así. Aunque a veces cambia la fraseología, nuestra política en el extranjero permanece en principio siendo la misma. Aunque un Congreso Republicano inició algunas medidas cuyo fin era desacreditar a Wilson, en gran parte hizo frente a sus deseos tocante a una "legislación" en el sentido de la "reconstrucción". Sin tomar en consideración el criterio de una elección nacional, la obra de Wilson, en su totalidad, ha sido aceptada por parte de los

"jefes directores del pueblo" y es tolerada por el país. Aunque resulta de importancia presentar en su verdadera luz la figura más mal interpretada de la historia Americana, el tema es mucho más espacioso para otras reflexiones. En lugar de haber construido las bases para cimentar la paz del futuro, nuestra guerra edificó la obra fundamental para más y más guerras. Esta obra fundamental debe ser arrasada y barrida porque de lo contrario no queda esperanza alguna. Solamente hasta que las imposturas de la pasada guerra hayan sido disipadas; hasta que sus motivos hayan sido revelados y sus métodos y consecuencias se destaquen a la luz meridiana de esos motivos; solamente hasta entonces pueden comenzarse a construir los cimientos cuyo objetivo final habrá de asegurarnos contra los horrores del porvenir.

Por lo tanto, en vez de ser un acontecimiento muerto, nuestra última guerra es el acontecimiento más palpitante y vivo de nuestros tiempos; y será y quedará siendo una cuestión de primera importancia mientras las posibilidades de una guerra en lo futuro entre en el número de nuestras consideraciones. Sus lecciones no sólo contienen el secreto de cómo eludir el estallido de una guerra nueva, sino que también contienen la solución de otras cuestiones públicas que revisten una urgencia perentoria.

I I

¿QUIZO LA GUERRA EL PUEBLO AMERICANO?

Invariablemente se suponía durante la guerra nuestra contra Alemania, y durante algún tiempo después- habiendo sido afirmado así innumerables veces- que el pueblo Americano fué a la guerra dispuesto de buena voluntad. Dijo el Presidente Wilson, por ejemplo: "Afirmando que el corazón del país se halla de parte de esta guerra porque no se habría comprometido en ella si su corazón no se hubiera encontrado preparado para el caso." (Dedicación del Edificio Conmemorativo de la Cruz Roja.- Mayo 12 de 1917.) Aún cuando no puede manifestarse con absoluta certeza si una mayoría habría votado en favor o en contra de la participación en la guerra el día 6 de abril de 1917- toda vez que no se le concedió a esa mayoría una oportunidad para votar en ese sentido- existe una serie de circunstancias que, reunidas en conjunto, parecería no dejar lugar a ninguna duda bien razonable tocante a que el pueblo Americano no habría escogido entrar en las peripecias del combate. Algunas de estas circunstancias son:

1. La Reelección de Wilson.

Wilson, candidato de un partido de la minoría, fué originalmente electo por causa de una escisión en el partido de la mayoría. Haciendo frente a un partido Republicano unido, en 1916, su única oportunidad para obtener la victoria estaba en la defensa de una causa apelando de modo tan poderoso a las masas que inducía por lo menos a un millón de sufragistas a romper y apartarse de las afiliaciones de partido. Al escoger la iniciativa de hacer la paz como una de sus decisiones más prominentes, Wilson adivinaba certeramente cuál era el más fervoroso deseo de su pueblo de una manera general y sin limitación. Su emblema, "Él nos mantuvo fuera de la guerra," y su promesa de continuar "manteniéndonos fuera del alcance de la guerra," le granjeó la reelección. En noviembre de 1916 el cuerpo electoral Americano habló en favor de la paz y contra la guerra para Alemania, de una manera tan definitiva cuanto le fué posible al sufragio hablar en aquella ocasión o en cualquiera otra ocasión.

2. Nuestra Furtiva Aproximación a la Guerra.

Los pasos sucesivos por medio de los cuales llegó el Presidente Wilson a la guerra fueron encubiertos por volubles seguridades de pacífica intención. (Véase el Capítulo VI.) La nación fué casi totalmente, y parcialmente el Congreso, engañados por estas seguridades. El Presidente continuaba reiterando

que él marchaba sobre el sendero de la paz aún después de haber roto él las relaciones diplomáticas- hasta el momento que buscó él la aprobación del Congreso para armar buques particulares con tripulaciones navales- aún después de eso. ¿Qué otra interpretación ha de hacerse sobre este punto excepto que él mismo creía que las masas del pueblo todavía se oponían a la guerra? En su mensaje de 26 de febrero al Congreso, el Presidente admitía que : "El pueblo Americano no la desea." Entre esta fecha y el 2 de abril, no existe prueba de que hubiera variado el sentimiento popular. Ningún otro nuevo acontecimiento habíase presentado para cambiarlo. Para su 'casus belli', el Preidente Wilson por sí tuvo que volver a hacer referencia a la procamación alemana de 31 de enero.

3. La Negación a presentar al Público algún motivo para la Guerra.

Mientras fué imperiosa la declaración de la guerra, y durante las semanas que inmediatamente la sucedieron- cuando los planes de guerra del Presidente Wilson comenzaban a manifestarse- se hicieron numerosas proposiciones, regularmente tomando la forma de resoluciones o reformas presentadas ante el Congreso, con la mira de proveer que el público tuviera voto en materias tan importantes. Algunas de estas proposiciones eran: que la elección de la guerra o de la paz fuera decidida por plebiscito; que la cuestión de enviar un ejército allende el Atlántico fuera sometida a referendum; que el servicio de

las armas en Europa se circunscribiera a soldados voluntarios. El hecho de que el Ejecutivo permaneció inconvencido contra tales proposiciones dá cabida a una fuerte presunción de estar íntimamente convencido en su ánimo de que, si se le ofrecía una oportunidad, el pueblo habría repudiado su programa de guerra y su guerra misma.

4. La Actividad de la Prensa Gubernista; la Educación y Preparación para la Guerra y Medidas Represivas.

Al mismo tiempo que se daba a conocer la declaración de la guerra por parte de América, el gobierno ponía manos a la obra de organizar la propaganda por medio de la prensa más completa y más costosa que jamás se haya visto en parte alguna del globo. Se gastó más dinero para la 'fabricación' de la opinión pública, y se emplearon más hombres y mujeres, que no en ninguna otra campaña de publicidad llevada a cabo en toda la historia. La Agencia de Informaciones no era sino es un solo de los muchos departamentos pendientes de las organizaciones gubernamentales de publicidad. En adición a las agencias periodísticas puramente del gobierno, allí estaban en plena actividad los comités de voluntarios para la guerra, organizados por el gobierno y dirigidos unas veces por un Ministerio otras por otro. Todos los carteros de los Estados Unidos se vieron obligados a servirle al Gobierno de agentes de la prensa. Ésta, en su totalidad, los teatros y hasta las escuelas públicas, llegaron a ser parte integrante de la maquinaria. Con sus maestros como directores oficiales y

oficiosos, los niños de las escuelas se vieron obligados a prestar su ayuda al gobierno en la imposición de su propaganda. De una forma o de la otra, y casi diariamente se alcanzaba el oído de todas las personas y hasta el último rincón de América. La existencia de una tal propaganda por medio de la prensa ¿no es virtualmente un fallo de que América fué a la guerra sin estar bien convencida de su legitimidad? Junto con la supresión violenta de todo género de oposición para la guerra ¿no es una prueba palmaria y material de una de terminación a forzar creencias de poco gusto sobre un pueblo dispuesto de mala gana?

5. Circunstancias de los "Empréstitos de la Libertad."

El gran número de tenedores de bonos fué mencionado como prueba de la popularidad que había tenido la guerra. No es prueba, en modo alguno, de tal popularidad, toda vez que los Empréstitos de la Libertad fueron flotados mayormente por coerción. Toda la campaña de publicidad, la obra de los agitadores, y las apelaciones tanto al patriotismo como a las perspectivas de lucro; todos los cartelones y toda la literatura al par que las solicitudes personales de los agentes, no fueron tomados en consideración suficiente para efectuar la venta de los bonos. Se ocurrió a medidas de coerción, como política valedera. Lo que se ha dicho de los Empréstitos de la Libertad, puede también aplicarse, aunque en menor grado, a los trabajos de la Cruz Roja. Ni el crecido número de las subscripciones a los bonos de la Libertad, ni las subs

cripciones a los trabajos de la Cruz Roja son ninguna prueba de la popularidad de la guerra.

6. La Elección Municipal de Nueva York.

Después de la declaración de guerra por parte de América, la única importante elección en que tuvo permiso la paz para representar un papel, y en que la libertad de la palabra fué otorgada a los candidatos, fué la elección municipal de Nueva York en noviembre de 1917. El Alcalde, Mr. Mitchel, prefirió deliberadamente hacer su campaña por razones y a la luz de patriotismo. Acusó abiertamente a su principal contrincante, Hylan, de instigar la propaganda alemana, y "lo exhibió" como un juramentado de los "enemigos pagados de América." Mitchel fué apoyado vigorosamente por patricios conspicuos, por sociedades patrióticas y por todos los periódicos "leales" de la Ciudad de Nueva York. Estos advertían al público de manera especial que la derrota de Mitchel se consideraría como una oposición de Nueva York que repudiaba la guerra categóricamente. A pesar de todo, Hylan alcanzó la más decisiva de las victorias que partido alguno haya alguna vez realizado para un partido en la metrópoli Americana, mientras que el partido socialista que atacaba la guerra de frente, se convirtió en un factor por la primera vez. El candidato socialista, Hillquit, que había anunciado en su programa su falta de voluntad para comprar bonos de la Libertad, recibió el 93 por ciento de los votos que alcanzó Mitchel, mientras que por otro lado, de los 28,937 soldados y marineros que votaron en Nueva York, apenas unos 6,226, o sea menos de veintidos de cada centena, depositaron su voto en favor de Mitchel.

7. Las Condiciones del Reclutamiento.

Del número total de hombres que aparece en las listas del primer reclutamiento, más de la mitad (50.62 por ciento) opusieron reclamaciones formales alegando motivos de excepción. Más del cuarto de un millón (252,294), o sea un ocho por ciento, no se presentaron a la hora ni lugar de la conscripción y lograron escapar de las aprehensiones. Naturalmente que la cantidad que precede no representa el total de conscriptos que no quisieron ir a la guerra, en tanto que la última cantidad representa solamente una fracción de los que de buena gana arriesgaban su suerte prefiriendo condenas por años en las penitenciarías antes que no ir, pues el número de los eludieron el alistamiento es desconocido.

Muchos miles de hombres que no llegaron a ser inscriptos, y muchos miles más que fueron inscriptos pero que no acudieron al llamamiento, fueron aprehendidos. En la persecución que se emprendió en Nueva York tras los "rezagados" (que no querían alistarse) de las filas, en los últimos días del agosto de 1918, 16,000 hombres fueron acusados por contravenciones de este género. Otro número igual, de hombres mayores de edad, abandonaron el país huyendo furtivamente de tal modo que llegó a hacerse necesario promulgar una orden que prohibiera la salida de tales individuos, y establecer un sistema laborioso de espionaje, patrullas secretas y pasaportes con el objeto de poner el decreto en vigor. En una relación impresa el 3 de septiembre de 1918, el Ministerio de Guerra decía:- "El Ministerio de Justicia tiene en lista los nombres de 3000 correlones que emprendieron la huida a México antes del 5 de junio de 1917, para escapar los efectos del reclutamiento." Otro número igual de hombres contrajeron matrimonio para

eludir las obligaciones del servicio en los primeros meses en tal grado que se hizo necesario publicar bandos anunciando a toda la nación que serían nulos los matrimonios que dataran de pocas horas, sin que éstos eximieran al contrayente varón del servicio de las armas. Un crecido número se hizo extraer toda o parte de la dentadura para quedar físicamente inaseleccionables y el Departamento de Guerra hizo la advertencia a todos los dentistas que quedaban sujetos a proceso judicial por complicidad en la evasión del servicio en esta forma.

En los diez meses que terminaron el 1 de mayo de 1918, más de 14,000 deserciones de las filas militares incluídas en los partes diarios. El número de los soldados que obtuvieron sus bajas por medios deshonorosos fué mucho mayor. A fines de diciembre de 1917 se nos informó que "por espacio de varias semanas el ejército nacional ha estado sufriendo la pérdida considerable de hombres en la proporción de 100 a 150 soldados por día. Optaban por cometer faltas que ameritaban sus bajas de una manera deshonrosa." Los periódicos nos ofrecieron casos de suicidio y automutilaciones a que se recurría como medios para escapar del servicio militar; se relataban casos, así mismo, de individuos que se dedicaban al crimen con la intención deliberada de entrar a las penitenciarías para esquivar el reclutamiento. Se registró un gran número de sediciones contra el reclutamiento, y se intensificaba tanto el sentimiento contra este procedimiento, que se hizo necesario decretar medidas preventivas, con mano de hierro, puestas en vigor, para impedir la asociación de personas que se reunían con propósitos de oponerse al reclutamiento, procesando y poniendo en las prisiones a cientos de personas, las

más prominentes en el movimiento anti-militarista. También se descubrió un tráfico en estado de prosperidad que comerciaba en declaraciones de exención del servicio, lo que implicaba el delito de perjurio.

Cuando el proyecto de ley del reclutamiento fué aprobado, el Presidente Wilson anunciaba al mundo: "De ninguna manera el reclutamiento significa la conscripción de los que no acepten el servicio; más bien es la selección hecha de soldados en un país que ofrece sus voluntarios en masa." (Proclama del Registro Militar, mayo de 1917). Después de esto se hicieron esfuerzos en todos sentidos para cubrir los procedimientos del servicio militar con un velo sacrosanto, para hacer creer y aparecer que la sumisión a la ley del reclutamiento, en su totalidad, era voluntaria y sin compulsiones. El crecido número de los que se alistaron en las filas era señalado como una prueba evidente del patriotismo de la juventud de los Estados Unidos. Pero en las circunstancias descritas, el rol del servicio no podía presentarse como prueba de una voluntad espontánea para ofrecer la colaboración personal; más bien demostraba que, en general, la oposición al servicio fué sofocada por el temor del castigo, del cual el Presidente tanto como los directores patrióticos se encargaban a todas horas de hacer repetidas y severas amonestaciones y advertencias.

El hecho de que toda la juventud de América (el autor probablemente trata de referirse a la parte de la América que comprenden los Estados Unidos.- N. del T.) tuvo que hacer frente por todas partes a la imposición de severas penas es una prueba palpable de

que los promotores y directores de la guerra se daban perfecta cuenta de que, sin ejercer presión violenta, habrían sido impotentes para poner un gran ejército en pié de guerra. Del primer reclutamiento de unos tres millones de soldados, no menos de 300,000 y probablemente unos 500,000 se hicieron responsables y atraieron sobre sí condenas de prisión al intentar evadir el servicio activo de las armas. Para llevar a bueno y feliz término nuestra aventura en Europa, se hizo necesario sujetar a servidumbre involuntaria a millones de hombres, por un lado, y a crear una multitud de criminales, infractores y cobardes por la otra.

8. El Fracaso del Reclutamiento Voluntario.

Se supone y existe la creencia de que se puede esperar, depender y contar que un pueblo preste sus servicios voluntariamente para la guerra de una nación. Pero, a pesar de que el servicio de reclutamiento se hallaba en la plenitud de su actividad casi durante todo el periodo de tiempo que duró la guerra, y a pesar de se hicieron ofrecimientos especiales a los voluntarios, el rol de alistamiento desde la fecha del mensaje en que se declaraba la guerra hasta la fecha que se anunció el armisticio alcanzó únicamente la insignificante cantidad de 393,931 hombres.

Comenzando el 3 de febrero, después de la suspensión de las relaciones diplomáticas, el ejército hizo esfuerzos soberanos, con la ayuda de las organizaciones patrióticas y grandes casas de negocios, para estimular la obra del reclutamiento. Pero durante el mes de febrero, el ejército sólo recibió en su seno 4,852 reclutas, cantidad apenas notable sobre el nivel normal. Desde

19
abril 1 a mayo 14, el rol de enlistamiento enumeraba solamente 67,443. Se hizo un esfuerzo supremo durante la última semana de junio, que el mismo Presidente designó con el nombre de la Semana del Reclutamiento. Pero la Semana del Reclutamiento sólo rindió la cantidad neta de 9,043 hombres para el ejército. Entre el 1 de abril y el 1 de julio sólo se recibieron en las filas 133,992 hombres, y cosa cierta es que la mayor parte de éstos se apresuraron a impulso de las medidas amenazantes que se dictaron para el reclutamiento. A ese paso se habrían necesitado dieciocho meses para poner en pié el primer millón de soldados. No obstante, para el 1 de julio la conscripción militar había llegado a quedar en un punto muerto. El alistamiento voluntario había sido ensayado y resultó un fracaso. Cuando solamente uno de cada ciento de hombres de los más valientes, emprendedores y abnegados de la presente edad responde a los repetidos llamamientos de su gobierno, durante los tres primeros meses de una ^{guerra} con una nación extranjera, es una prueba irrefragable contra la popularidad de esa guerra que ningún juego retórico de palabras puede explicar poniendo a salvo tan desconsolador resultado. El impulso dinámico para la guerra de América, ciertamente que no provino de la fuente común del pueblo.

I I I

¿ESTUVO ALGUNA VEZ AMERICA EN PELIGRO?

"Pues bien, amigos míos, no debemos dirigir nuestra atención a esos pueblos (las naciones en guerra) con temor alguno, sino más bien con simpatía. Debemos ver en la realidad que después de este agotamiento, ellos tendrán necesidad de nosotros, y que no tenemos por qué temerles."- Palabras de Woodrow Wilson en su discurso pronunciado en Cincinnati el 26 de octubre de 1916.

Se le dijo al pueblo Americano que se veía forzado a entrar a la guerra por el Kaiser; que América había sufrido una provocación y que no quedaba otro recurso que defenderse contra la agresión; que la propia soberanía de la nación se hallaba en peligro; y que aun habíamos sido amenazados por la invasión efectiva y por la dominación de los ejércitos de Alemania.

El Presidente Wilson personalmente dió la señal para esta nota en particular en la propaganda oficial y privada, como para todas las otras. Al hacer la petición de la guerra, advertía él:

"Que el Congreso declarara que el reciente proceder del Gobierno del Imperio Alemán no es en efecto sino la guerra contra el Gobierno y pueblo de los Estados Unidos; que acepta formalmente el estado de beligerante que ha sido arrojado sobre sus hombros." En su mensaje de 4 de diciembre de 1917, afirmaba él (Wilson):-

"Nos hemos visto forzados a entrar a la guerra para protección de las mismas instituciones bajo cuyo amparo vivimos; para salvarlas de la corrupción y de la destrucción que las amenaza."

Así mismo nos dijo el 31 de enero de 1918 en Urbana:- "Estamos combatiendo, por lo tanto, tan sinceramente por la libertad y el gobierno autónomo de los Estados Unidos como si la guerra de nuestra gran Revolución tuviera que ser declarada y librada de nueva cuenta."

Esta doctrina fué predicada en miles de programas, miles de púlpitos, miles de letreros de cines, millones de anuncios, en la prensa diaria de todos los colores y credos y en todos los vehículos de que se vale la propaganda. Para llevar a efecto esta idea, nuestros consejos de guerra se denominaron "consejos de la defensa"; nuestras sociedades patrióticas particulares tomaron el título de "sociedades de la defensa." La necesidad de la defensa contra la invasión y los ultrajes se hizo, tal como había sido preparada, una convicción fija de millones de Americanos perfectamente sinceros y amantes reconocidos del bien de su patria.

¿Pero cuáles los hechos en la realidad?

1. Alemania no había atacado el territorio de los Estados Unidos ni amenazaba o intentaba atacarlo. La única indicación de esta clase se hallaba contenida en la proposición para una alianza Germano-Mexicana, y esto era expresamente eventual y contingente a los primeros actos que emprendía América con su guerra para Alemania. (Véase el Capítulo XVIII.)
2. Alemania no había hecho injuria alguna a ningún Americano ni tampoco a ninguno de los neutrales generalmente, y los daños que había infligido eran totalmente incidentales a la guerra que había declarado a los gobiernos de la Entente.
3. Alemania no había declarado la guerra a los Estados Unidos. El Gobierno Alemán hizo y había hecho grandes esfuerzos por evitar la guerra, ofreciendo todo género de garantías y concesiones menos la de abandonar las operaciones de los submarinos en aguas Europeas; aun presentando oportunidades para llegar a un acuerdo pacífico después de la ruptura de las relaciones diplomáticas.
4. Alemania se hallaba materialmente incapacitada para invadir América aun en el caso de que no hubiera tenido otros enemigos. Este era el juicio de los más consumados peritos del arte militar puestos al servicio de la defensa de América, quienes rindieron los juramentos de ley durante el tiempo que esta nación fué neutral.

5. Alemania era físicamente incapaz de invadir América a tiempo en que algunos de nosotros afirmábamos que nuestra declaración de guerra era con el objeto de repeler una invasión.

En 9 de diciembre de 1914, el Almirante Fletcher, que por aquel tiempo era el más alto personaje oficial en servicio activo de Marina, informaba al Comité Interior de Asuntos Navales que, aun cuando fuera posible para toda la marina de Alemania hacerse a alta mar en disposición para el ataque, ni un solo individuo alemán podría ser desembarcado en suelo Americano, puesto que la marina Americana, siendo más fuerte, daría buena cuenta de él. En abril de 1917 la fuerza proporcional de la marina Americana era mayor que no en diciembre de 1914.

Durante estas investigaciones hechas por parte del Congreso, se demostró que, para transportar a través del oceano un pequeño ejército de 96,000 hombres se necesitarían 270 barcos de transporte militar, es decir una flota de buques, la más grande que jamás ha navegado los mares en la historia de las operaciones bélicas navales; y que un ejército nunca había sido movillizado con buena suerte para atravesar el mar y desembarcado bajo el fuego hostil de los cañones enemigos; siendo la catástrofe de los Dardanelos el resultado de la única grande empresa enderezada para ese fin.

El Almirante Fletcher atestaba que la guerra en Europa tenía y había "demostrado de una manera concluyente lo que todos los estrategas militares ya sabían de antemano, que es materialmente imposible para todo género de embarcaciones atacar con éxito

las fortificaciones hechas en tierra."

Y tratándose de fortificaciones terrestres, ya el General Weaver había declarado que las nuestras eran "las mejores de todo el mundo." Los cañones montados y anticipados en las partidas del presupuesto para la defensa de nuestras costas, decía él, nos proporcionarían "una defensa enteramente satisfactoria."

El Almirante Knight marcaba característicamente las dificultades de transportar una flota a través del Oceano Atlántico o Pacífico y mantenerla en aguas de América- rasgo necesario para una invasión afórtunada- en los términos de "casi insuperable."

Para corroborar las palabras de Knight, el General Miles afirmaba:-

"Supondré, pues, un caso que no admite suposición. Supongamos que ellos pueden embarcar un ejército en una flota de 500 buques y movilizarlo a través del Atlántico sin que sean molestados por ninguna fuerza naval, y que logran desembarcar. Por cierto que ellos no podrían entrar en puerto alguno. No podrían atracar a nuestros puertos más como no podrían atravesar los Dardanelos. Eso ha quedado demostrado. Nuestros fuertes de las costas están también equipados y fortificados como los mismos Dardanelos. Supongamos que aun alcanzan este objeto y logran hasta desembarcar en algún lugar remoto, si nosotros no podíamos en tal caso juntar bastantes hombres en las milicias y por otros medios destruir el ejército de desembarque antes de que pudieran ellos regresar sus buques para traer más hombres, entonces prefiero mudarme a otro país."

=/=

El 1 de mayo de 1917, el Almirante Chocherprat de la Marina francesa, que se encontraba aquí con la misión de guerra enviada por Francia, les dijo a los corresponsales de los periódicos: "Los Estados Unidos poseen la flota de guerra más poderosa del mundo entero después de Inglaterra."

A este personaje se atribuye también la aserción, tantas veces repetida desde 1914 en adelante que los Estados Unidos debían su inmunidad de una invasión alemana a la protección de la marina de la Gran Bretaña.

Finalmente, cuando la flota alemana de alta mar cayó en manos de los aliados en el término de la guerra, se descubrió que la capacidad de los pañoles de carbón de los buques alemanes, de guerra era en extremo muy reducida, demostrándose que habían sido contruidos para uso únicamente en los puertos cercanos pertenecientes al imperio. La misma estructura de estos grandes buques hacía impracticable cualesquiera operaciones de guerra sostenidas o prolongadas en aguas remotas. Por sí mismos estos buques son y sirven para probar que el Gobierno alemán no hubo alimentado la intención de atacar el territorio de los Estados Unidos.

El propio Presidente Wilson, en el tiempo que precedió a la guerra, repetidas veces rechazó la idea de una posible invasión para esta nación. En su mensaje de 8 de diciembre de 1914, decía:- "Ninguna de las personas que han emitido su dictámen basándose en los hechos o haciendo la deducción de una justa y sin-

sin-
cera interpretación de la realidad puede decir que exista razón alguna para temer que de cualquier punto del globo se hagan amenazas contra la independencia o la integridad de nuestro territorio. Somos incapaces para sentir miedo o terror por el poder de otras naciones." La misma persona declaraba ante una audiencia el 27 de enero de 1917, en Nueva York:- "Señores, ninguna persona supone seriamente que los Estados Unidos necesitan temer una invasión de su propio territorio."

Encontramos a los jefes de nuestros aliados participando de acuerdo con esta opinión, aun después de nuestra declaración de guerra. En los discursos que se pronunciaron en el Parlamento Británico en 18 de abril de 1917, aclamando nuestra participación en las actividades bélicas, se sostenía que los Estados no habían sido directamente atacados en modo "alguno", mucho menos invadidos o amenazados de serlo.

Mr. Asquith dijo que la guerra "estaba haciendo un muy pequeño daño apreciable a las fortunas materiales y prosperidad del pueblo de los Estados Unidos. Tampoco los intereses Americanos, en el interior o en el extranjero, y mucho menos que todos, los intereses más grandes de una comunidad democrática se hallaban en peligro alguno para seguir manteniendo la independencia doméstica y las libertades públicas."

El Conde Curzon decía: "El caso de América entrando a la guerra es ampliamente muy diferente del caso en que se encuentran cualquiera de las otras naciones aliadas. Todas estas últimas

tuvieron un interés directo personal en la acción bélica, pero los intereses de América son secundarios y remotos."

Un mes después de la declaración de la guerra, el Presidente Wilson pronunció estas palabras: "Hemos entrado sin ningún agravio especial de nuestra parte, que podamos decir que hemos recibido." Habiéndosele recusado por aparentar dando indicaciones que habíamos entrado a la guerra sin justificarlo ninguna causa en lo absoluto, contestó él que ciertamente teníamos algunos resentimientos, pero ningún resentimiento en particular, puesto que los países neutrales tenían participación generalmente en la suma de agravios recibidos.

Finalmente, después que hubo terminado la lucha, el Presidente Wilson confesaba: "América no se encontraba expuesta a ningún peligro inmediato , , . . América no fué atacada directamente." Alocución pronunciada en Billings el 11 de septiembre de 1919.

La verdad incontrovertible es que, para llegar a las manos con el enemigo, era necesario aparejar nuestras fuerzas para enviarlas al otro lado del grande oceano, a las costas de otro hemisferio, y darle caza hasta lo último en algún estrecho brazo de mar o ir a atacarle en sus propias trincheras, cavadas en opuesto Continente. En vez de que el enemigo trajera la guerra a nuestras costas nosotros llevamos la guerra a las costas del enemigo. En vez de estar colocados en la posición de tener que defender nuestro territorio contra los ejércitos alemanes, colocamos a los alemanes en el predicamento de defender su territorio contra el ataque de los ejércitos americanos.

¿De qué lado se encontraban los elementos avivados para la propia defensa?

Se había afirmado una necesidad para la defensa de los llamados derechos para viajar y comerciar a través de una reducida zona de mar, a distancia de tres mil millas de territorio americano. ¿Pero qué tiene esto que ver con la realización de los cuadros horripilantes del fuego graneado y los estragos del sable alemán en las ciudades americanas?

La relación más cercana se halla en la teoría de que el Kaiser y su pueblo estaban inflamados por la ambición de conquistar y gobernar el mundo entero, y que existía alguna posibilidad de ^{que}lograran su aspiración en algún tiempo futuro. Aun cuando hubiera habido una base razonable para cimentar tal hipótesis (sin existir en la realidad), eso no habría justificado la guerra, ya sea al amparo de los principios que rigen las leyes internacionales, los trámites ordinarios de los gobiernos modernos y aun apelado al propio sentido común. Puesto que para proceder consecuentemente según tales principios se necesitaría también emprender ataques contra otra nación poderosa de la tierra, y ensayar inmediatamente consolidar la supremacía universal para nuestro provecho.

Jamás estuvo América en peligro, ni siquiera cuando fuimos a la guerra contra Alemania toda vez que nunca nos aventuramos más allá de la posibilidad de volver a nuestros lares sin recibir daños de consideración. En todas las ocasiones nos encontramos en la posición de hacer las paces y retirarnos sin recibir perjuicios de importancia por parte de nuestro enemigo.

Después de que habíamos entrado a la guerra, la imposición de condiciones onerosas sobre el Gobierno Soviet Ruso, en el Tratado de Brest-Litovsk, fué aducida como un ejemplo terrible de lo que acontecería a la América caso de que nuestra nación no se apresurara a plantar los tacones de sus botas sobre el cuello del Kaiser. La comparación resultaba inadecuada; los ejércitos del Kaiser nunca estuvieron en América y nunca se registró la más remota posibilidad de que desembaracaran en las costas de América o de que intentaran hacerlo. ¿Tratará alguno de argumentar que el gobierno alemán estaba a toda hora con el ánimo mal dispuesto para concluir los mismos términos de paz que nosotros rechazamos en los primeros meses de 1917- amistad afirmada sobre cualesquiera bases con la excepción del bloqueo submarino de Inglaterra y sus aliados? (Véase el Capítulo XVI.)

El punto en cuestión es de importancia; porque repartir garrotazos con la matcha descargándolos sobre la oposición doméstica para llevar a cabo la guerra, era excusado únicamente por la razón de que, una vez comprometidos en la acción bélica, no quedaban otros caminos que escoger sino es la victoria o el desastre. Sobre esta suposición muchos personajes prominentes, que se opusieron a la participación en la guerra hasta el momento que ésta fué declarada, llegaron a convertirse en patriotas de componendas, en patriotas de "¡qué le vamos a hacer!" Se hallaban dispuestas estas personas a prestar su apoyo a la guerra que suponían injusta, meramente por el hecho de que ya la habíamos declarado. Bajo las circunstancias en que por el momento se encontraba América no podía aducirse razón alguna de por qué quien se oponía a la guerra antes del 6 de abril de 1917, habría de ponerse de su par-

par-
te después de esa fecha.

Cualesquiera que hubieren sido los propósitos con el Kaiser, no existía la cuestión ni el peligro de la invasión, no estaba amenazada la integridad territorial de nuestro país, no se hallaba suspendido ningún filo de espada sobre las instituciones de América; nada intentaba destruirla; nadie intentaba dominarla. La decantada invasión de los Hunos era una filfa y un bromazo. El espantajo de la propaganda estaba formado de un palo con hilachos. Nos espetaban esas peroraciones y cuentos sólo porque el factor "miedo" era considerado de ingente necesidad para los fines patrióticos. El gran público Americano tenía que ser aterrorizado con el objeto de inducirle a aceptar todos los puntos del programa bélico.

LA DEMOCRACIA Y LA PARTICIPACION EN LA GUERRA.

I V

LA RESPONSABILIDAD DE UN SOLO HOMBRE.

Los Gobiernos se comprometido ir a la guerra unos contra otros. Pero no así los pueblos, hasta donde yo puedo recordarlo; y éste es un Gobierno del Pueblo, y este Pueblo no va a escoger el ir a la guerra.- Woodrow Wilson, en Milwaukee, 31 de enero de 1916.

La declaración de guerra por parte de América fué adoptada, como tuvo que serlo, por el Congreso, pero únicamente hasta después que fué este Congreso convocado para que obrara en esa forma por mandato del Presidente Wilson, quien había preparado el tablado de tal manera que resultara en extremos humillante para su persona, retroceder, lo que sería particularmente desconcertante para el partido que representaba. La declaración fué aprobada por una votación de 373 contra 50 diputados de la Cámara, y de 82 contra 6 votos en el Senado, mayoría crecida para cualquiera medida ordinaria, pero no tanto al tratarse de una declaración de guerra, en cuyo caso la presión que se hace por obtener la unanimidad es siempre casi abrumadora. El autor de estas líneas tuvo asiento en el Senado, como expectador, durante los debates acerca de la declaración de guerra. El argumento más frecuente-

Numerosas reformas fueron presentadas en el Senado en que se trataba de encontrar la manera de limitar la posible acción beligerante del Presidente. Los proyectos y mociones a este respecto no llegaron a ser aprobados definitivamente por causa de la inconformidad de doce Senadores, que habían fincado sus esperanzas en la paz obligando al Presidente a que convocara una sesión extraordinaria en el Congreso.

En aquel momento la táctica del Presidente inducía a la conclusión libremente expresada en toda la prensa en forma amistosa y agresiva, que él prefería no convocar al Congreso para una sesión extraordinaria por temor de que éste iría a interponerse en sus procedimientos que tan vigorosamente había él determinado seguir contra Alemania.

Cuando el 13 de febrero, Mann jefe de las minorías insertó en la reforma a la Ley sobre Marina, reafirmando que era la política de los Estados Unidos "ajustar y solucionar sus disputas internacionales valiéndose de la mediación o el arbitrio, a fin de que la guerra pueda ser conjurada de una manera honrosa", fué tildada la proposición de "artimaña pacifista" al par que de "una puñada en el rostro de Wilson". ¿Quién no habrá de recordar que durante las últimas semanas antes de la declaración de la guerra, todos los elementos que se habían mostrado en favor de ese paso incluyendo notables adversarios políticos del Presidente, se unieron a una para exceder a todos los miembros del Congreso que estaban "ocasionando dilaciones" y al pacifismo y los pacifistas; uniendo sus voces al unísono en

en un himno de alabanzas entonado en loor de Wilson, y elevando otro canto rogativo a la nación entera para fuera a permanecer "fielmente a la espalda de su Presidente?" ¿Qué otra pudo significar ese entusiasmo sino que aquellos que deseaban la guerra juzgaban que la conducta del Presidente se enderezaba guiándoles a la acción bélica, y se hallaban temerosos, no fuera a ser que el Congreso nos "vaya a mantener apartados y distantes de la guerra", contra la voluntad del Presidente?

Por lo expresado, aparece evidente que el Congreso no hizo presión alguna sobre el ejecutivo para comprometerlo en la guerra ni para estimular en él medida alguna a ese fin dirigida. Ha sido señalado ya el deseo pacifista de la nación. ¿Alguna minoría del público obligó al Presidente a encaminar sus intenciones a la participación en la guerra?

¿Obligó Wall Street al Presidente para que tomara esta resolución?

Los hechos coleccionados que aparecen en los capítulos siguientes darán una contestación al tópico de la participación de Wall Street en las responsabilidades de la guerra. Mientras tanto, dedicar nuestro pensamiento por un momento a la imponente altura en que ^{se} erguía el Presidente, es bastante para llegar a la conclusión de que la primitiva responsabilidad no puede ser transferida a los hombros de Wall Street. Cualquiera que haya sido la influencia ejercida por Wall Street sobre el Presidente, Wall Street no poseía facultades para constreñir a la acción.

El Presidente había sido reelecto para un periodo de cuatro años bajo un programa de paz. Era director en jefe de las fuerzas de mar y tierra, las que no se hallaban a punto de amen^aazar con rebelión ni sedición de ningún género. Si el Presidente hubiera preferido escoger el camino de la política que habían seguido Suiza, Holanda, Suecia, Dinamarca o España, política que mantuvo fuera de la acción de la guerra a esas naciones, habría tenido que hacer frente a las censuras, pero ningún trastorno, salvo el de una revolución, habría logrado cambiar la marcha y el derrotero del país. No existen pruebas de que Wall Street se encontrara por aquel tiempo lanzando amenazas de revolución, o de ^{que} hubiera sido afortunada y triunfante caso de haber iniciado un tal desorden.

El Congreso y todos los demás elementos influyentes en la vida de América deben llevarse la parte que les corresponde en la responsabilidad de la aventura que se desarrolló en Europa, pero la responsabilidad moral y política se encuentra, antes que no en otra parte, sobre la conciencia de Woodrow Wilson.

V

LAS USURPACIONES PRESIDENCIALES PARA OBTENER LA BELIGERANCIA.

El artículo de la Constitución que concede al Congreso las facultades para declarar la guerra, fué dictado, según entiendo, en atención a las razones siguientes: Los Reyes habían siempre estado comprometiendo y empobreciendo a sus pueblos en las guerras, pretendiendo generalmente, sino es que en todos los casos, que el objeto anhelado era el bienestar del pueblo. Esta nuestra convención comprendió que esa era la más abrumadora de todas las opresiones reales, y se resolvió delinear la Constitución de tal manera, que ningún hombre hubiera de gozar de las facultades de arrojar sobre nuestra frente esta opresión. Abraham Lincoln.

"El Congreso tendrá facultades . . . para declarar la guerra" dice la Constitución. ¿Son o no son, las facultades para 'declarar' la guerra incluidas en las facultades para 'hacer' la guerra? ¿Y queda o no queda excluido el Ejecutivo del ejercicio de esas facultades?

El Presidente Wilson personalmente dió su contestación al público un cierto número de veces durante su gira que emprendió con el objeto de la preparación del pueblo para el servicio militar. En Chicago, 31 de enero de 1916, dijo:-

"Esta guerra fué promovida por los gobernantes, no por el

pueblo, y doy gracias a Dios que no hay un solo hombre en América que tenga autoridad suficiente para promover una guerra sin consentimiento del pueblo."

Y la noche siguiente, que pasó en Des Moines, repitió:-

"La otra noche decía yo que no tengo conocimiento de ningún caso en que un pueblo haya hecho la guerra contra otro pueblo. Ningún gobierno tiene facultades aún en los Estados Unidos para hacer la guerra. La Constitución de los Estados Unidos no confiere al Presidente ni siquiera un acto de participación para hacer la guerra. La guerra puede ser declarada únicamente por el Congreso, por medios en los cuales el Presidente no puede intervenir, ni aun siquiera imponer su veto. Por la letra de los preceptos constitucionales, soy positivamente un servidor de los representantes del pueblo."

Pero en la práctica Wilson jamás siguió esa conducta. Desde el principio de su administración, los debates de las Cámaras frecuentemente producían un sentimiento de encono contra la pretensión que abrigaba de asumir todo género de facultades en las relaciones con el Exterior y contra su mala disposición para llevar al Congreso toda su confianza en el arreglo de tales materias. Remontándonos al mes de octubre de 1914, le encontramos ocupado en dar a conocer su amonestación: "La política exterior del gobierno . . . se encuentra fuera del campo de acción de las leyes". (Carta al presidente de los debates, señor Underwood.)

En la contienda con Alemania, encontramos al Presidente sosteniendo el pro en la cuestión de prevenir a los Americanos contra el peligro de viajar en los buques armados de la Entente para quedar "claramente dentro del radio de acción de la iniciativa del Ejecutivo", (Carta al Diputado Pou); aunque por el momento era admitido generalmente que esta circunstancia revestía la importancia de solucionar el asunto de la paz o de la guerra. Durante el mismo periodo de tiempo, el Sendor Jones de Wahington presentó una moción pidiendo al Presidente que no descontinuara las relaciones diplomáticas con ningún país, ni que fuera a colocar la América en posición de no poder conjurar la guerra sino es de una manera honrosa. Pero la moción no obtuvo el acuerdo presidencial.

Cuando un Ejecutivo (1) comunica un 'ultimatum' a una potencia extranjera (amonestando que está a punto de cortar las relaciones diplomáticas) sin notificar primeramente o escuchar el dictamen de los representantes del pueblo; (2) suspende las relaciones diplomáticas sin notificar primeramente o escuchar el dictamen de los representantes del pueblo; (3) se niega a aceptar mediaciones sin notificar o escuchar el dictamen de los representantes del pueblo; (4) dota de armamento buques particulares con tripulaciones navales sin el acuerdo de los representantes del pueblo, y remite estos buques a alta mar con órdenes expresas para sus comandantes a fin de que hagan fuego a primera vista sobre embarcaciones de otra nación que técnicamente se halla en términos de paz con la nuestra, difícilmente puede afirmarse que tal jefe está obrando como "un mero servidor de

los representantes del pueblo", o que no está asumiendo el ejercicio "ni siquiera de una parte activa en la participación de la guerra".

Al supeditar el Congreso sobre la cuestión de advertir a los ciudadanos Americanos del peligro que corrían tomando pasaje en buques armados de los países beligerantes, el Presidente Wilson procedió con la suposición de que el empleo por parte de Alemania de submarinos era un insulto contra los preceptos "sagrados e indiscutibles de las leyes internacionales". (Nota de 18 de abril, 1915), pero como el propio Wilson lo hubo admitido substancialmente, (Nota de 21 de julio, 1915), los usos legales e ilegales de los submarinos no habían sido determinados judicialmente en ningún tribunal internacional, en ningún tratado ni de forma alguna. El Presidente no tenía derecho de ninguna naturaleza para crear, por mandato del Ejecutivo, una ley internacional para que el mundo entero se rigiera por ella. "El Congreso tendrá facultades para . . . definir y castigar . . . los atentados contra el código de las naciones". El recurso más extremado a que podía haber apelado era presentarse en el Congreso y pedirle la enunciación de una ley sobre el empleo de los submarinos, expidiendo algunas direcciones en cuanto a los procedimientos legales que habrían de seguirse para la circunscripción de su uso legal.

Por otra parte, en los debates sobre el Decreto de los Buques Armados, se admitió repetidas veces que la demanda del Presidente en favor de una concesión de facultades era una demanda

en favor de facultades para hacer la guerra, lo que no puede renunciar el Congreso ni constitucionalmente puede conferir o enajenar estas facultades en provecho de algún otro. Poco después, al explicar a sus electores las razones de oposición contra aquel proyecto de ley, el Senador LaFollete citaba el caso de dos fallos emitidos por la Suprema Corte de los Estados Unidos. El primer fallo sentenciaba que cuando el Congreso autorizaba a buques armados particulares de los Estados Unidos para defenderse contra los buques armados de Francia, constituía esa autorización una declaración de guerra, sosteniendo aquel alto tribunal: "Toda contienda que va a resolverse por la fuerza, entre dos naciones, relacionada con asuntos exteriores, bajo la autoridad de sus respectivos gobiernos, es, no solamente una guerra, sino aun más, una guerra pública". Del segundo fallo se desprendía el enunciado siguiente: "Únicamente al poder legislativo debe ser inherente la facultad de determinar cuándo la violencia hecha por otras naciones ha de ser contestada por medio de la violencia".

En los mismos debates, se admitió de una manera general que la dotación o transporte de material de guerra en buques constituiría en sí un acto agresivo, toda vez que los materiales de guerra, siendo un contrabando en sentido absoluto, quedaban sujetos a captura y destrucción desde todos los aspectos de interpretación de los códigos internacionales. El Presidente, a pesar de todo, rehusó la aceptación de una reforma en que se prohibía la dotación de armamentos y el reguardo de los buques que transportaban pertrechos bélicos.

Durante la semana que terminó el día 4 de marzo, por lo tanto, el Presidente Wilson violó el juramento de su cargo al pedir al Congreso autoridad de facultades que aquel cuerpo se hallaba excluido de conferir. Premeditó el jefe del ejecutivo una violación de la Constitución, por el ejercicio inmoderado de sus atribuciones en la declaración de una guerra. Premeditó la violación de las leyes internacionales, al buscar los medios de romper las hostilidades sin una formal declaración. Esta meta fué, además transpuesta en la semana siguiente. Fracasó el Decreto sobre Buques Armados, y el Presidente usurpó la autoridad del Congreso, que éste no hubo podido conferir, armando buques particulares con armamento nacional, y sin hacer distinción alguna entre los buques de transporte de guerra y los de otro género.

No solamente los miembros del cuerpo legislativo nacional habían tenido la opinión de que la dotación de armamento en los buques de transportes de material de guerra, los transformaba en buques de guerra propiamente, y que cualquier empleo que se hiciera de tal dotación de armamento constituía un acto de guerra, sino que un exámen del Libro Blanco Americano demuestra el hecho de que el Presidente Wilson había adoptado esta noción; además, que las otras condiciones bajo las cuales se hacían a la mar nuestros buques- armamento a popa y proa, órdenes de hacer fuego antes que se les atacara, tripulaciones navales, caza-submarinos- borrarón totalmente todo linaje de diferencias y distinciones que los Gobiernos Americano y Británico habían establecido previamente entre buques de guerra y mercantes. (Véase el Capítulo XV.)

La conclusión debe ser, por consiguiente, que nuestra guerra con Alemania comenzó, no el 6 de abril de 1917, sino el 17 de marzo, fecha en que nuestro primer "buque mercante dotado con armamento de guerra", se hizo a la mar; que al enviar este buque con rumbo a alta mar, el Presidente ha usurpado con todo conocimiento, facultades para hacer la guerra a una nación extranjera.

Por la ejecución de ese mismo acto, también, el Presidente violó estatutos Federales bien definidos que prohíben a cualquier buque mercante perteneciente a los Estados Unidos, ya sea que lleve o no contrabando a bordo, que se defienda contra ataques de la marina de guerra de nación con la que este país no tenga diferencias internacionales. Esto fué admitido por el propio Presidente en 4 de marzo, en una "declaración suplementaria firmada en la Casa Blanca" en la cual convenía el Presidente que "existían ciertos preceptos legales que hasta la fecha no han sido derogados, que interponían obstáculos prácticamente insuperables y que virtualmente nulifican sus facultades".

Es cierto, el Presidente hizo una ligera modificación de aquella declaración unas cuantas horas después, y cinco días más tarde revocó completamente sus conceptos. (Para las citas de referencia véase el Apéndice, párrafo número 435). Pero los estatutos a que se refería el Presidente en su "declaración suplementaria firmada en la Casa Blanca" son preceptos constitucionales cuya enunciación es tan perfectamente clara

para un profano o un ignorante como para un Magistrado de la Suprema Corte. Estos estatutos habiendo sido puestos en vigor en orden a permitir la dotación de armamentos de buques mercantes contra los ataques de piratas, en los tiempos en que éstos asolaban los mares, expresamente definían cuál debía ser el uso de los armamentos, aun en casos de defensa, contra una "embarcación pública armada, perteneciente a una nación que se encuentra en buenos términos de amistad con los Estados Unidos". Y aunque en el mes de marzo de 1917, un submarino alemán se consideraba, en efecto, como una "embarcación pública armada", y Alemania según la letra de nuestras leyes era "una nación que se encuentra en buenos términos de amistad con los Estados Unidos", era evidente que se presentaban, por la opinión de algunos peritos en favor de la guerra, argumentos lógicos para sostener el derecho que tenía el Presidente para dotar de armamento buques particulares y hacerlos a la mar. Estos argumentos se basaban sobre una o más de las tres teorías: que (1) los estatutos de referencia no eran aplicables a causa de su antigüedad; (2) los submarinos son embarcaciones de piratas y Alemania es una nación de piratas; o que (3) Alemania se encontraba por el momento empeñada y promoviendo guerra contra los Estados Unidos.

La contestación a la primera de estas tres proposiciones es que todos los estatutos son igualmente obligatorios y vigentes hasta el tiempo y fecha en que son derogados; la contestación a la segunda proposición es que, aun cuando los ataques submarinos de Alemania correspondieran, en sus movimientos esencia-

esencia-
les, a la práctica de la piratería, el Presidente no poseía la autoridad suficiente para obrar en un caso y de manera que a juicio personalmente suyo fuera designado bajo ese nombre. "El Congreso está investido de facultades . . . para definir y castigar los actos de piratería y delitos cometidos en alta mar". El caso es que el Congreso no había denominado los movimientos de ataques de los submarinos alemanes como actos de piratería. La Constitución excluía al Jefe del Ejecutivo de las facultades para definir y denominar las operaciones de los submarinos como un estado de guerra existente con los Estados Unidos. Si el Ejecutivo hubiera supuesto que estas operaciones implicaban la guerra, su único recurso legal era presentar se en el Congreso y pedir una declaración de guerra en contra de Alemania.

¿Por qué motivo, entónces, no pidió el Presidente Wilson al Congreso que declarase éste la guerra el 26 de febrero de 1917, en vez de hacer la demanda de que se le confirieran las facultades necesarias para hacer la guerra según su discreción?

La contestación se revela claramente a la luz de los debates de aquel periodo de tiempo que tuvieron lugar en el seno del alto cuerpo legislativo; porque el Congreso no tenía razones suficientes ni tenía la persuasión de que había que declarar la guerra en esa fecha. Era cosa más sencilla procurar el voto de un Senador o un Diputado para proponer la moción de investir al Ejecutivo con facultades extraordinarias, que no ob-

ob-
tener ese voto para la moción de una declaración de guerra.

El 26 de febrero, el Cuerpo Legislativo Congresional no se hallaba todavía lo suficiente bajo el dominio de una mano; el tiempo no había madurado aún.

La nación no había sido todavía aterrorizada al grado y punto que lo necesitaba aquella mano; ésta no había sembrado aún el pánico y la confusión. El Decreto de los Buques Armados, y después de la aprobación de éste, la dotación de armamento para los buques, no fueron sino es parte del proceso y medios de la preparación bélica fraguada; como también lo fueron las maniobras presidenciales de las que haremos reminiscencias en las paginas siguientes.